

Breve historia de Inglaterra

Simon Jenkins

Traducción del inglés:

José C. Vales

ÍNDICE

<i>Introducción</i>	9
Amanecer sajón. 410 - 600	13
El nacimiento de Inglaterra. 600 - 800	21
Los daneses. 800 - 1066	28
Guillermo el Conquistador. 1066-1087	38
Los hijos del Conquistador. 1087 - 1154	46
Enrique II y Becket. 1154 - 1189	53
La Carta Magna. 1189 - 1216	60
Enrique III y Simón de Montfort. 1216 - 1272	66
La derrota de los celtas. 1272 - 1330	73
La Guerra de los Cien Años. 1330 - 1377	82
De la Revuelta de los Campesinos a la pérdida de Francia. 1377 - 1453	91
La Guerra de las Dos Rosas. 1453 - 1483	102
Bosworth y Enrique Tudor. 1483 - 1509	109
Enrique VIII. 1509 - 1547	116
Reforma y Contrarreforma. 1547 - 1558).....	130
La reina Isabel de Inglaterra: <i>Good Queen Bess</i> . 1558 - 1603	136
Los primeros Estuardo. 1603 - 1642	148
La Guerra Civil. 1642 - 1660	159

La Restauración. 1660 - 1688	171
La Revolución Gloriosa. 1688 - 1714	181
Walpole y Pitt el Viejo. 1714 - 1774	192
De Boston a Waterloo. 1774 - 1815	204
El camino de la Reforma. 1815 - 1832	215
El amanecer victoriano. 1832 - 1868	223
Gladstone y Disraeli. 1868 - 1901	232
Los eduardianos. 1901 - 1914	245
La Primera Guerra Mundial. 1914 - 1918	253
Los años de la plaga de langostas: <i>The Locust Years</i> . 1918 - 1939	261
La Segunda Guerra Mundial. 1939 - 1945	276
El estado del bienestar. 1945 - 1979	286
El thatcherismo. 1979 - 1990	302
Los herederos de Thatcher. 1990 - 2011	314
<i>Epílogo</i>	329
<i>Cien fechas clave en la historia de Inglaterra</i>	339
<i>Reyes y reinas de Inglaterra desde 1066</i>	343
<i>Primeros ministros del Reino Unido</i>	345
<i>Nota del autor</i>	349
<i>Notas</i>	351

INTRODUCCIÓN

He estado recorriendo Inglaterra toda mi vida. He escalado los acantilados de Cornualles, he caminado por las marismas de Norfolk y he hecho el Pennine Way.¹ Conozco las ciudades y pueblos de Inglaterra, sus iglesias y sus casas. Sin embargo, hasta hace muy poco tiempo no supe realmente qué era Inglaterra, porque no era consciente de cómo llegó a convertirse en lo que es. Mi Inglaterra era un escenario geográfico, un telón de fondo que servía de decorado para acontecimientos y personajes que conocía desde que era un niño: Alfredo el Grande, la conquista de los normandos, la Carta Magna, la batalla de Agincourt, las mujeres de Enrique VIII, la reina Isabel (Good Queen Bess), Cromwell, Gladstone, Disraeli, la Gran Guerra, Winston Churchill... Todos y cada uno de ellos aparecían como hitos de momentos estelares en la historia, pero no se relacionaban de ningún modo. Carecían de un *relato*.

Me dispongo a contar ese relato aquí del modo más sencillo posible. Me resultó fácil porque me pareció emocionante. Puede que la historia de Inglaterra, con sus triunfos y fracasos, sea la más azarosa de todas las naciones del mundo. Sus orígenes se remontan a la Edad Oscura, y tal vez antes, cuando las tribus germánicas procedentes del Continente ocuparon las costas orientales de las Islas Británicas. Fueron ellos los que fijaron el nombre de *Anglii*, probablemente derivado de la península de

Anglia, en las costas de Alemania y Dinamarca. Sus asentamientos en la costa nororiental se denominaron Angleland y, después, England.² Aquellos recién llegados desplazaron rápidamente a los antiguos pobladores, denominados «antiguos britanos» (o «britones»), hacia el oeste y hacia el norte, y más allá del Muro de Adriano, hacia los páramos de Gales y hacia el Mar de Irlanda, formando así las fronteras de Inglaterra que han permanecido prácticamente inalteradas desde entonces.

Los ingleses fueron a su vez invadidos por los vikingos y los normandos. Pero a diferencia de lo que ellos hicieron, borrando del mapa a sus predecesores británicos, los ingleses consiguieron conservar la cultura y la lengua anglosajonas a pesar de las sucesivas incursiones. Fueron un pueblo asombrosamente resistente: contaba con la ventaja de la seguridad que le proporcionaba la geografía insular y el vigor marinero que con frecuencia ostentan los pueblos isleños. Rápidamente desarrollaron una lengua común, leyes colectivas y un sistema de gobierno único, basado en una tensa armonía entre el histórico nepotismo sajón del *kith and kin* (amigos y familia) y la tradición normanda de una autoridad única. Esa tensión es un punto central de mi historia. Inglaterra fue una nación forjada entre el martillo de la monarquía y el yunque del voto popular, un voto que se le ha negado de tanto en tanto al pueblo, sobre todo a la mitad celta de las Islas Británicas que con la que se formó el primer «Imperio Inglés». La consecuencia fue una serie de conflictos que acabaron dando lugar a la Carta Magna, a las guerras intestinas de Enrique III y la Revuelta de los Campesinos, y que culminaron en las revoluciones religiosas y políticas de los Tudor y los Estuardo. Estas revoluciones se resolvieron en una monarquía constitucional sujeta a una democracia parlamentaria que iba a convertirse en la más estable de Europa.

La historia no siempre fue amable con Inglaterra. Las relaciones con Francia, la tierra de los conquistadores normandos, fueron generalmente muy malas, con constantes conflictos durante toda la Edad Media y posteriormente, hasta el siglo XVIII. La mayoría de los gobernantes británicos se decantaron por la necesidad de establecer una postura defensiva más que agresiva frente al mundo exterior. Sin embargo, desde los Plantagenet

hasta los Pitt (el joven y el viejo), el deseo de dominar los mares nunca decayó. Esta voluntad fue la que llevó a Gran Bretaña a levantar el imperio más grande que el mundo había visto en toda su historia. Aquello forjó su esplendor y contribuyó a estrechar los lazos de los pueblos de las Islas Británicas en un «reino unido» de esfuerzos compartidos, cuya herencia ha llegado hasta nuestros días. Pero el Imperio Británico se cobró su precio y apenas duró doscientos años. En el siglo XX, la supremacía global pasó a su vástago, Estados Unidos, al que legó como marca indeleble la importancia del inglés hablado. Gran Bretaña comenzó así su declive, para convertirse en una reliquia de su antigua grandeza y ostentar una especie de afectación de potencia mundial, con su soberanía comprometida por el gobierno europeo y por los rigores de la economía global. Volveré sobre estos asuntos en el epílogo.

Este es un libro que trata específicamente de Inglaterra. Gales, Escocia e Irlanda se considerarán países con sus propias historias particulares. Han pasado menos de la mitad de su existencia como integrantes de la unión de «Gran Bretaña e Irlanda», una relación que tiende a subordinarlos en la historiografía tradicional del estado. Pero Inglaterra es un país por derecho propio, distinto de sus vecinos y con un pueblo que puede denominarse a sí mismo inglés, para diferenciarse de escoceses, galeses e irlandeses. Solo cuando me refiera a todos ellos colectivamente emplearé el término Gran Bretaña o británicos. En realidad, Inglaterra forma parte en la actualidad de dos confederaciones: del Reino Unido y de la Unión Europea, con parlamentos distintos y diversos niveles de soberanía. Ser británico y ser europeo es ser miembro legal de ambas confederaciones, y para ser británico basta con firmar un trozo de papel. Ser inglés es más una cuestión de autodefinición, un identificarse con una cultura y una visión distintivas, así como con una geografía diferente. Convertirse en inglés es una cuestión de asimilación, y esto puede llevar unos pocos años o varias generaciones. La genialidad de lo ánglico o lo inglés es que puede abarcar todas las etnias y razas, pero en una cultura específica y en un territorio definido por la ocupación anglosajona original.

Los ingleses nunca han sido especialmente diestros a la hora de definirse a sí mismos. En la época del orgullo imperial no tuvieron esa necesidad. En la actualidad, a la mayoría de ellos les disgusta considerarse europeos, pero no son capaces de distinguirse con precisión de sus vecinos celtas. Libraron guerras de exterminio contra Gales, contra Escocia y, con especial brutalidad, contra Irlanda. A principios del siglo XX se encontraron con una Irlanda mayoritariamente hostil, mientras que Escocia y Gales se mostraban también distantes, tanto política como culturalmente. El componente inglés del Reino Unido se quedó, por tanto, en un limbo de incómoda debilidad. Inglaterra no tiene un Parlamento propio³ ni instituciones políticas distintivas propias. Y referirse a Inglaterra y lo inglés como asuntos distintos a lo británico y los británicos a menudo se considera como un acto hostil al cosmopolitismo que implica la unión de los pueblos británicos, incluso como racista. La bandera inglesa de San Jorge ha adquirido tintes chovinistas y xenófobos, y ha sido adoptada por la extrema derecha. Esto me parece absurdo. Inglaterra es un país capacitado para definirse como entidad distintiva y para sentirse orgulloso de ello. Creo que la definición podría comenzar por un relato de su propia historia.

Para algunas personas la historia es un asunto azaroso, para otros es un relato de héroes y villanos, y para otros, en fin, está sepultada en la geografía, la economía e incluso la antropología. Hay muchas maneras de contar la historia de una nación, a las que hay que añadir las modas actuales de lo personal y lo polémico. Hay historias de carácter social, cultural, «popular» y, en el caso de Inglaterra, incluso de carácter imperial. Pero una historia breve solo puede ser selectiva y la selección tendrá que centrarse sobre todo en los acontecimientos políticos. Una nación es una entidad política y su nacimiento y desarrollo conforman el relato de aquellos que ostentaron el poder en su seno, sean reyes, soldados, políticos, las muchedumbres en las luchas callejeras o, más recientemente, el conjunto de votantes. Yo considero la historia como algo más que una pura cronología: la observo como los eslabones de una cadena de causa y efecto. Es esta cadena la que alberga el secreto que explica por qué Inglaterra ha llegado a ser lo que es hoy en día.

AMANECER SAJÓN

~

410 – 600

En el año 410, el emperador romano Honorio, asediado y hostigado en Roma, envió una carta a los colonos de la provincia de Britania. Estos ya habían perdido la protección de las legiones, que se habían retirado de la región durante la segunda mitad del siglo anterior con la intención de defender otras regiones del imperio, y habían suplicado ayuda para luchar contra las incursiones sajonas procedentes del Mar del Norte. El emperador se estaba viendo acosado por los visigodos y una colonia lejana situada en el extremo occidental del mundo conocido carecía de importancia estratégica. Las civilizaciones del Mediterráneo, dominantes durante un milenio, estaban en declive. Honorio contestó a los colonos precipitadamente aconsejándoles que tomaran medidas «para defenderos vosotros mismos».

Los siglos V y VI fueron ciertamente sombríos en las Islas Británicas. Los celtas de las Edad de Hierro, también llamados «antiguos britones», habían emigrado del continente entre el año 1000 y el 600 a.C., y se habían mezclado con los invasores romanos durante los tres siglos que duró la ocupación (del siglo I al IV d.C.) Pero la retirada de las legiones los debilitó demasiado como para que pudieran defenderse a sí mismos o su herencia de villas romanas, templos y anfiteatros. Así pues, quedaron a merced de los saqueadores contra los que habían implorado auxilio.

¿De dónde procedían estos nuevos invasores? Los historiadores que investigan «el nacimiento de Inglaterra» no han tardado en entrar en polémicas. Se aventuran dos teorías para explicar lo que aconteció en ese momento en la mitad oriental de las Islas Británicas. Una sugiere que las tribus germánicas se desplazaron hacia el sur, por Francia, y fueron repelidos por los francos del emperador Clodoveo I (Clovis, en francés) y expulsados hacia el Mar del Norte. La invasión, tal vez secundada por mercenarios romanos que ya vivían en la isla, fue esencialmente genocida. Masacraron o sometieron por completo a las tribus indígenas bretonas del oriente insular, como los icenos y los trinovantes, y arrasaron totalmente su cultura.

Esta tesis se ve respaldada por los testimonios de unos cuantos testigos que sobrevivieron a dicho periodo. La única fuente contemporánea, un monje galés del siglo VI llamado Gildas, lamenta muy gráficamente la feroz invasión de esos «hombres impíos [...] que no se conformaron con haberlo incendiado todo, hasta que ardió prácticamente toda la tierra de la isla, y pudieron lamer el océano occidental con sus lenguas rojas y salvajes». Citaba un documento del siglo V, el «Lamento de los britanos», y hablaba de un país privado de la protección romana: «Los bárbaros nos empujaron hasta el mar y el mar nos devolvió a los bárbaros». A finales del siglo VII, el llamado «padre de la Historia de Inglaterra», Beda el Venerable, asumió la tesis del genocidio en su *Historia eclesiástica del pueblo inglés*. Escribió sobre aquellos anglos que invadieron el territorio con tal ferocidad que abandonaron sus propios asentamientos germánicos y los dejaron desiertos. Pocos restos, casi ninguno, quedaron de la cultura británica precedente. Los británicos, o los britones, con su lengua y su religión cristiana y romana desaparecieron. Las llamadas villas y ciudades romano-británicas cayeron en el olvido o fueron arrasadas.

Otra teoría es que no se produjo una invasión externa, sino más bien una expansión interna, desde las zonas más orientales de la isla donde se encontraban desde mucho tiempo atrás algunos asentamientos de pueblos germánicos y belgas, que comerciaban y saqueaban las costas del

Mar del Norte. La reciente arqueología basada en datos del ADN refuerza la idea de que el mar que rodeaba las Islas Británicas se consideraba un «territorio» navegable, mientras que las tierras interiores formaban una barrera menos permeable. De modo que la cultura de las Islas Británicas en la época de la retirada romana se dividía entre la costa del Mar del Norte, ocupada desde siglos atrás por tribus germánicas, y el Mar de Irlanda y las costas atlánticas, que eran celtas tanto en su lengua como en su cultura. Esta teoría sugiere que hubo en realidad muy pocos «antiguos britones», o celtas, en las áreas orientales y, por lo tanto, nunca pudieron erradicarse. Esto explica la escasez de restos de la lengua britona y de toponimia, aunque no explica las referencias a una invasión por pueblos de ultramar y la abrumadora creencia celta en la misma. La posible solución a estas teorías divergentes pasa por considerar que ambas son ciertas en parte, y que hubo nuevas oleadas de colonos germánicos que llegaron después de que se fueran los romanos, incorporándose a los enclaves germánicos antiguos.

En cualquier caso, parece evidente que, en el transcurso de los siglos V y VI, un pueblo cuyas lengua y sociedad procedían del continente europeo se fortaleció y se desplazó con agresividad hacia el oeste a través de la Britania romana, eliminando casi por completo a los britones indígenas. Según Beda, en estas invasiones participaron los jutos, los frisios, los anglos y los sajones. «*Saeson*», «*Sassenach*» y «*Sawsnek*» son las palabras del antiguo galés, del gaélico y del córnico para referirse a esos nuevos pobladores. Hacia el año 450, los jutos —bajo el mando de los hermanos Hengist y Horsa, que seguramente fueron en su momento contratados como mercenarios por un gobernante romano-britón, Vortigern— desembarcaron en Kent y se dispersaron hasta llegar incluso a la Isla de Wight. Al mismo tiempo, los anglos llegaron desde la Anglia de Alemania, en Schleswig-Holstein, dando su nombre a la Anglia oriental (East Anglia) y, finalmente, a toda Inglaterra. Los sajones del norte de Alemania se asentaron en la costa meridional y se adentraron en la cuenca del Támesis, ocupando territorios cuyos nombres han llegado hasta la ac-

tualidad: Essex (East Saxon), Middlesex, Wessex y Sussex. Estos pueblos suelen denominarse «sajones» y su lengua se conoce como «anglosajón». Los teóricos de la invasión plantean además una cuestión importante: al parecer, los sajones paganos erradicaron en la zona ocupada cualquier rastro de la cristiandad romana. Por el contrario, en ese momento, Gales estaba viviendo una fervorosa «Era de los Santos» cristianos. Decenas de iglesias galesas datan del siglo VI, e incluso del V, y la catedral más antigua del territorio británico se comenzó a construir por orden de Deiniol¹ en la ciudad de Bangor, en el 525. Prácticamente por la misma época San Petroc andaba predicando en Cornualles y Santa Columba viajaba de Irlanda a la isla escocesa de Iona para fundar allí un monasterio en torno al 563.

Gildas no habla solo de las desgracias infligidas por los sajones a los britones, sino de la resistencia. En torno al año 540 comentó la vida cotidiana en un territorio que parece coincidir con el valle de Severn durante un periodo de paz, tras haberse estancado el avance sajón hacia el oeste del país. Atribuyó ese estancamiento a un jefe británico que derrotó a los sajones a principios del siglo VI en un lugar llamado Mount Badon, posiblemente cerca de la fortaleza de South Cadbury, en Somerset. Al único jefe guerrero que menciona por su nombre es a Ambrosius Aurelianus, un romano-britón nacido a finales del siglo V, «que ganó algunas batallas y perdió otras». Su apodo pudo haber sido «el Oso», el animal cuya piel ostentaba como adorno militar. «Oso» se dice «*artos*» en lengua céltica.

Este destello de luz en medio de la oscuridad es lo más cerca que podemos estar del Arturo histórico. Sobre este detalle se ha levantado el gigantesco edificio de la leyenda. De ese detalle de Gildas deriva el Arturo del propagandista del siglo IX Nennius o Nenio, y el personaje del fabulista del siglo XII Geoffrey de Monmouth, responsable en buena medida de la imaginación de la cultura caballeresca del norte de Europa. Todas estas tradiciones confluyeron en el famoso libro de Thomas Malory titulado *Morte d'Artur (La muerte de Arturo)*, del siglo XV. Tras Malory llegó Tennyson, y luego los prerrafaelitas, Hollywood y el Santo Grial, que

fantasearon con un paraíso previo al mundo sajón llamado Camelot, con un mago llamado Merlín e innumerables hazañas caballerescas, amoríos y tragedias. Britones, sajones, normandos y tudores reclaman para sí la herencia de Arturo, como si se vieran impulsados por algún magnetismo desesperado a buscar un pasado noble y puro.

Si existió ese periodo de paz del que habla Gildas, no duró mucho. A finales del siglo VI los sajones ya se habían asentado a lo largo de la cuenca del río Severn, donde un santo galés llamado Beuno habló de unos «hombres de lenguas extrañas cuyas voces se oyen al otro lado del río».² Temía que algún día quisieran «apoderarse del lugar y hacerlo suyo». Si bien los sajones ocuparon los grandes valles que desembocan en el Mar del Norte, los britones pudieron conservar los territorios de Escocia, Irlanda, Gales, Cornualles, Cumbria y el Hen Ogledd (el Viejo Norte, en galés), junto a las fronteras escocesas. La lengua celta ya se había dividido para aquel entonces en dos grupos, el gaélico (*goedelic*: el gaélico de los irlandeses y los escoceses, y de la Isla de Manx) y el britón o britónico (*brythonic*: el cúmbrico, el galés y el córnico). En esa época, o quizá antes, tuvo lugar una migración desde Cornualles, atravesando el Canal, hacia las costas de Armórica, en Francia. Allí se reprodujo la Britannia romana con el nombre de Bretaña y la lengua fue el bretón, emparentado lejanamente con el moderno galés.

A finales del siglo VII, los sajones ya se estaban agrupando en clanes más grandes gobernados por los primeros reyes. El primero en aparecer con cierta notoriedad fue Ethelbert de Kent (también llamado en castellano Adalberto o Eitelberto), que reinó desde el 580 aproximadamente hasta su muerte, en el 616: fue un pagano que consolidó una alianza con los francos del otro lado del Canal al casarse con Bertha, nieta del rey Clodoveo de Francia,³ con la condición de que la esposa pudiera conservar su fe cristiana. La mujer se trajo a su propio capellán y se dice que fue venerada como santa en la antigua iglesia romana de San Martín, en Canterbury. Fue probablemente por esta razón por la que el papa Gregorio envió más adelante a sus primeros misioneros cristianos a Kent

junto al benedictino San Agustín, que acabó siendo primer arzobispo de Canterbury.

Al mismo tiempo, en el norte, Northumbria se cohesionaba bajo el poder de un gran guerrero, Ethelfrith, rey de Bernicia (entre 597 y 616), que iba a afianzar las fronteras de los asentamientos sajones frente a la resistencia britona. La tribu norbritana de los *gododdin*, que probablemente se asentaba en los alrededores de Edimburgo, conservó memoria de sus hazañas gracias a un bardo llamado Aneurin, que las relató en *The Gododdin*, la primera gran obra de la literatura británica (no inglesa). Esta saga narra cómo un ejército de trescientos guerreros avanzó hacia el sur a las órdenes de su líder, Mynyddog, en algún momento en torno al año 600, y se encontró con los anglos de Ethelfrith (a veces Etelfrido, en español) cerca de Catterick, en Yorkshire. De un soldado britano escribió Aneurin:

En fortaleza un hombre, joven en años,
de tempestuoso valor [...]
más dispuesto a acudir al sangriento campo
que a una boda,
más dispuesto al festín de los cuervos
que a un funeral.

Los *gododdin* fueron derrotados, y solo Aneurin pudo escapar para contar lo sucedido. Su poema se conoce gracias a una transcripción en galés medieval, pero los eruditos creen que la versión original pudo escribirse en el cámbrico de las tribus britonas del norte, que tenía cierta similitud con el galés (en cuyo caso, los carteles del aeropuerto de Edimburgo que están en gaélico deberían estar en galés).

Para los britanos o anglos lo peor estaba por llegar. En el 603, un ejército de irlandeses y escoceses de Dalriada, un reino que se extendía por el mar de Irlanda, desde Argyll hasta Antrim, se enfrentó a ese mismo Ethelfrith en batalla, en un lugar llamado Degsastan, que al parecer se

encontraba cerca de Roxburgh. Los norumbrianos salieron victoriosos una vez más. Luego ampliaron su supremacía hacia el sur, a lo largo de la costa occidental hasta enfrentarse a los galeses. Hacia el 615, Ethelfrith se topó con 1.200 monjes cristianos galeses cerca de la antigua ciudad romana de Chester y los masacró «por enfrentarse a él con sus oraciones». Siguió su camino para derrotar al gran ejército galés y ampliar su poder hasta las riberas del Dee. Para el anglosajón Beda, que escribió un siglo después, Ethelfrith fue el verdadero fundador de Northumbria, y «azotó a los britones más que cualquier gran hombre de los anglos, hasta el punto que podría compararse con Saúl, el rey de los judíos, salvo por el hecho de que Ethelfrith desconocía la verdadera religión».

El territorio de la Anglia sajona estaba empezando a adquirir su forma definitiva, situándose al sur del Muro de Adriano y al este de las fronteras del Severn y Devon. Al parecer, algunos núcleos de antiguos britones sobrevivieron en las tierras altas de los Peninos y en algunos lugares como Elmet, en el Yorkshire occidental (que fue invadido en el 627). Pero el territorio inglés en ningún caso podía denominarse una nación. No había ni autoridad, ni rey ni iglesia que hubiera sustituido a los romanos. Los pueblos eran gobernados, si es que lo eran, por señores de la guerra sajones, a los que los celtas cristianos del oeste consideraban unos bandoleros paganos y analfabetos. Los sajones eran gentes del llano, no de las montañas, acostumbrados a la lucha y a trabajar la tierra en las grandes llanuras de la Europa septentrional. Estaban acostumbrados a talar los bosques y a utilizar arados para roturar la tierra en suelos aluviales, pero se paralizaban cuando se topaban con las montañas. En las tierras altas los suelos son menos fértiles y los britones tal vez menos proclives a la rendición. El entusiasmo de la conquista parecía evaporarse cuando se desplazaban hacia el oeste.

Los sajones estaban aferrados a una lealtad familiar, al asentamiento y al clan, una lealtad representada en la expresión anglosajona «*kith and kin*» (los amigos y la familia), derivada de «*couth* [arc., “conocido”, “amigo”, “familiar”] and *known* [“conocido”, “pariente”]». Su centro de

poder no radicaba en un rey lejano y en una corte remota, sino en un salón comunitario situado en medio de cada asentamiento, donde las comunidades de granjeros libres (*ceorls*) juraban fidelidad a sus jefes. A estos ancianos —o magistrados— y a la nobleza menor se les debía hospitalidad y servicios militares y, a cambio, ellos se ocupaban de la defensa de los súbditos, de sus vidas y sus tierras. Por juramento, los sajones se comprometían a mantener los lazos con aquellos cuyo linaje compartían y con aquellos con quienes cultivaban la tierra. Esta «aceptación del poder» contractual, bien distinta del antiguo tribalismo britano y de la autoridad ducal normanda, se describió en los textos legales posteriores con la fórmula «desde tiempos inmemoriales». Esta vinculación encuentra su apogeo en la representación de ciudadanos notables como consejeros del rey (*witenagemot* o *witan*, los sabios), un precedente primitivo del Parlamento. Para los victorianos románticos todo esto era un lejano y débil eco sajón de lo que los griegos llamaron democracia.

EL NACIMIENTO DE INGLATERRA

~

600 – 800

En el año 596, el papa Gregorio vio a dos esclavos rubios en un mercado de Roma y preguntó de dónde procedían. Cuando le dijeron que eran «angli», Beda asegura que contestó: «Non angli sed angeli», esto es: «No son anglos sino ángeles». Britania era una colonia olvidada en la frontera más exterior del imperio franco, que por aquel entonces ocupaba la mayor parte de la Francia y la Alemania actuales. El papa Gregorio era un ferviente defensor de la acción misionera y envió a un obispo, Agustín, a la corte de Ethelbert de Kent y su esposa, la reina Bertha, merovingia y cristiana. Al llegar a las costas de Thanet, en el año 597, al grupo de cuarenta benedictinos que iban con el obispo Agustín se le ordenó que permanecieran fuera de la aldea, pues los paganos temían lo que consideraban brujerías cristianas.

El éxito de la misión de Agustín se confirmó de inmediato con el bautizo cristiano de Ethelbert y la donación, en el año 602, de un emplazamiento en Canterbury para la construcción de una nueva catedral. Agustín se convirtió en el primer arzobispo de Canterbury mientras que Ethelbert fue el responsable de elaborar el primer código legal de Inglaterra, con noventa artículos, donde se garantizaban los privilegios para la nueva iglesia. Es también el primer documento en «inglés» o lenguaje anglosajón. Al año siguiente, Ethelbert y Agustín se atrevieron a intentar

buscar una reconciliación con los prebostes de la iglesia galesa, de Bangor y otros lugares, durante un encuentro en el valle del Severn. La iglesia galesa practicaba una especie de liturgia celta heredada de Roma, pero eran monásticos más que evangélicos, se ceñían a un calendario propio, mantenían costumbres penitenciales y formas de tonsura particulares, como afeitarse la frente más que la coronilla. Las dos facciones no llegaron a un acuerdo, y, desde luego, no sobre la autoridad de Roma. Se dice que Agustín, furioso, amenazó a los britones diciendo que: «Si no mantienes la paz con vuestros amigos, tendréis guerra con vuestros enemigos». Pero regresó a Kent con las manos vacías.

Entretanto, el rey Redwald de East Anglia¹ (que reinó entre el año 600 y el 624) seguía expandiendo su dominio hacia el corazón de Inglaterra para conformar lo que acabaría siendo el reino central de Mercia. Este monarca es poco conocido, salvo como probable ocupante del barco fúnebre de Sutton Hoo, en Suffolk, que se encontró en 1939 y que en la actualidad se encuentra en el British Museum. Contenía vajilla de metales preciosos y gemas procedentes del Mediterráneo y Bizancio, espadas y un fabuloso casco del Rin. Sutton Hoo ofrece una ventana a una civilización cosmopolita que para nosotros aún sigue siendo maravillosamente enigmática.

En Northumbria, a Ethelfrith, azote de los *gododdin*, le había sucedido Edwin² (reinó aproximadamente desde el 616 al 633), un rey con un ejército lo suficientemente potente como para avanzar hacia el sur, arrasando Mercia y llegando hasta Kent. Tras derrotar a los sajones occidentales, había regresado a York con la hija cristiana de Ethelbert, llamada Ethelburga, y no solo con ella, sino también con un monje romano, Paulino, que en el año 627 lo bautizó a él y a sus nobles, y fundó la catedral de York (York Minster). Uno de los nobles conversos le contó a Edwin la parábola de un gorrión en una fría sala durante una cena, que «entra volando por una puerta y revolotea un momento en la brillante y ardiente chimenea, y luego sale por otra puerta, y desaparece [...]. Así nos parece la vida del hombre, como un breve aleteo en la chimenea, pero lo que hay antes y

lo que hay después, eso no lo sabemos. Si esa nueva doctrina cristiana es capaz de decirnos alguna cosa segura sobre esos asuntos, sigámosla». El gran sacerdote pagano de Edwin era menos reflexivo: arrojó una lanza contra su propio templo y ordenó que lo quemaran hasta los cimientos.

La supremacía de Edwin no duró mucho. Tuvo que enfrentarse al desafiante y poderoso Penda de Mercia, un pagano que estaba aliado con el cabecilla galés Cadwallon de Gwynedd. En el año 633, estos jefes tribales se enfrentaron a Edwin en la batalla de Hatfield Chase, en Yorkshire, y lo mataron, pasando a hierro y fuego a la mayor parte de Northumbria. La causa cristiana en el norte sufrió una breve parálisis, pero un año después otro sajón cristiano, Oswald, ocupó toda Northumbria partiendo desde su refugio de la isla de Iona. Iba con él un monje llamado Aidan, con quien fundó un monasterio en 635 en Lindisfarne, una isla en la costa de Northumbria. Da la impresión de que Inglaterra fue cristianizada muy rápidamente. Incluso Penda permitió que sus hijos fueran bautizados y aseguró que «eran despreciables y miserables quienes no obedecían a su Dios, en quien creían». Cuando finalmente cayó derrotado en el año 655 a manos del hermano de Oswald, Oswy, el último mandatario pagano de Inglaterra murió. Los dioses animistas y guerreros de los sajones, Tiw, Woden, Thunor y Freya sobrevivieron únicamente en los días de la semana.

Ahora bien, el tipo de cristianismo que iba a abrazar Inglaterra aún estaba por decidir. Lindisfarne practicaba el rito de Iona, reforzado en 657 cuando Oswy, el hermano y sucesor de Oswaldo fundó un nuevo monasterio en Whitby. Pero en la corte de Northumbria muchos prefirieron seguir el rito romano que introdujo Paulino en York. Lo que comenzó como una disputa familiar sobre cuándo ayunar o celebrar la Semana Santa no tardó en extenderse a trifulcas en el seno de la iglesia de Northumbria, donde los tradicionalistas de Iona se enfrentaron a los reformistas de Canterbury. En el año 664, Oswy convocó a todos los prebostes desde Canterbury para que se reunieran en un sínodo en Whitby, donde se entabló una batalla entre Colman de Northumbria y Wilfrid de

Ripon. Wilfrid, que había visitado Roma y apoyaba firmemente la causa papal, representaba a Canterbury porque hablaba anglosajón. Para él, la autoridad del papa y la liturgia romana, cada vez más extendida, eclipsaba la obsoleta tradición celta. Convenció al sínodo y, aún más importante, al propio Oswy, diciendo que San Pedro era «la piedra sobre la que se edificó la Iglesia» y que tenía en su poder las llaves de la vida en el más allá. Los partidarios del rito de Iona, seguidores de Colman, se retiraron furiosos y se refugiaron en Irlanda, un lugar que a su vez sería el escenario de otras escisiones litúrgicas. Wilfrid se convirtió en obispo de York.

Roma se apresuró a aprovechar aquel triunfo. Un nuevo emisario papal llegó a la isla en el año 669: Teodoro de Tarso, nacido en Asia Menor y versado en la erudición griega, romana y bizantina. Para cuando murió, en el 690, ya había fundado catorce obispados dependientes de Canterbury. A los reyes de Kent y Wessex se les sugirió que escribieran nuevos códigos legales basados en los que regían en los dominios papales, eximiendo a la Iglesia de sus obligaciones civiles y disponiendo normas relativas a la conducta social y marital. Los castigos por robo, violencia y otras infracciones establecían una jerarquía por debajo del rey, donde los obispos se equiparaban a los nobles y los clérigos a los villanos.

Inglaterra podría haber seguido disgregada políticamente a finales del siglo VII, pero el sínodo de Whitby sirvió para unirla a la corriente eclesiástica común de Europa. La iglesia inició un periodo de prosperidad e influencia que iba a durar hasta la época de la Reforma. En un país a menudo enfrentado en guerras intestinas, la iglesia de Teodoro regía espiritualmente a todo el pueblo inglés, lo educaba, le proporcionaba bienestar y cuidaba de su administración pública. Esta situación fomentó, en la desolada costa de Northumbria, en Lindisfarne, una floreciente escolanía que iba a ser tan rica como las mejores de Europa. Confeccionar fabulosos códices y evangelios iluminados exigía mantener un trabajo exhaustivo de amanuenses y especialistas en materiales. El Evangelio de Lindisfarne, del año 698, que actualmente se custodia en la British Library muestra una amalgama de motivos célticos y continentales tan

rica como cualquiera que se hubiera podido dar en el culto del norte de Europa. Seguramente costó muchos años de trabajo concluirlo y se estima que se emplearon en su confección los pergaminos procedentes de 1.500 terneros.

En el año 674 se fundó un nuevo monasterio en la aldea de Jarrow, junto al río Tyne, a cargo del obispo Biscop, un clérigo de nuevo cuño que había peregrinado cinco veces a Roma, y que a su vez había regresado siempre con artesanos, músicos, manuscritos y donativos para sus parroquias. En el monasterio de Jarrow vivió Beda el Venerable, cuya *Historia eclesiástica de los pueblos de Inglaterra* [*Historia ecclesiastica gentis Anglorum*] vio la luz en el año 731. Beda concebía la Britania de los dos siglos anteriores como una tierra pagana que se había redimido gracias a la cristiandad sajona, una tesis bastante adornada, porque en la mayor parte de las Islas Británicas lo que ocurría era exactamente lo contrario. En todo caso, Beda fue un testigo único de los primeros años de la existencia de Inglaterra y el primero que dejó traslucir un sentimiento de identidad nacional inglesa. Fue el primero en utilizar la palabra «Angleland» (país de los anglos) y el primero en cifrar una cierta cronología para el nacimiento y la expansión del país.

En el siglo VIII, lo que antaño se denominaba «supremacía» empezó a trasladarse desde Northumbria a Mercia. Aquí, en el año 757, se hizo fuerte Offa, el primer rey inglés cuyo dominio fue reconocido en toda Europa. Offa (cuyo mandato se extendió desde el 757 al 796) fue un monarca en perpetuo movimiento, administrando justicia y exigiendo tributos por todo su territorio. Acuñó sus propias monedas —entre ellas, curiosamente, una con el busto de su reina consorte, Cynethryth— y en el año 785 marcó las fronteras de Inglaterra y Gales con un muro (Offa's Dyke) que se extendía desde Dee hasta el Severn. El *dyke* era realmente más una demarcación fronteriza que una muralla defensiva, y hay pruebas de que el emplazamiento de la misma concedía algunas tierras fértiles a los galeses, como si hubiera sido fruto de un acuerdo. En el 786 el pontífice envió embajadores a la corte de Offa, con exigencias

papales relativas a aspectos de la ley canónica y seglar. El hecho de que los mercianos tuvieran que considerar tales demandas da buena medida del alcance de la fortaleza de la jurisdicción romana. Offa consiguió un nuevo arzobispado, en Lichfield, a cambio de una donación anual de oro, y acordó «consagrar» a su hijo Egfrith como heredero al trono. Estos contratos civiles entre el estado inglés y la Iglesia romana resultaron decisivos y fueron la razón por la que nunca hubo paz entre los monarcas sajones y normandos.

A punto de concluir el reinado de Offa, un monje de Northumbria, Alcuin de York,³ el erudito más importante de la corte de Carlomagno, iba a referirse al inglés como «gloria de Britania, espada contra los enemigos y escudo frente a los adversarios». Pero la ambición personal de Offa excedía los límites de su poder. Cuando Carlomagno le propuso que su hijo se casara con la hija del rey merciano, Offa aceptó con la condición de que la hija de Carlomagno se casara con su hijo. Se dice que el emperador se encendió de rabia porque aquella propuesta daba por hecho que se trataba de una relación entre iguales, así que rompió relaciones con la isla, e incluso prohibió cualquier comercio con Mercia durante un tiempo.

Tras la muerte de Offa, la línea de sucesores se debilitó hasta el punto de provocar otro giro en la preeminencia política: en esta ocasión, hacia el sur, hacia Wessex. Lichfield quedó relegado en favor de Canterbury y en 814 Egbert de Wessex (802-839) invadió Cornualles, poniéndolo bajo soberanía sajona. Esta invasión no fue una ocupación ni una asimilación, como había ocurrido con las regiones orientales. Los sajones denominaron a aquella región Gales Occidental (West Wales), pero conservaron su lengua y mantuvieron a sus gobernantes locales. Hasta el día de hoy, los habitantes de Cornualles consideran a quienes viven al este del río Tamar como «ingleses» y forasteros. Egbert se dirigió luego contra Mercia y preguntó a sus nobles si debía combatir a los mercianos o intentar firmar un tratado de paz. Las crónicas anglosajonas dicen que los mercios «consideraban más honroso que les cortaran la cabeza a permitir que les

pusieran un yugo en el cuello». Al final, no tuvieron que hacer ni una cosa ni otra. La victoria de Wessex en la batalla de Ellandum, cerca de Swindon, en el 825, trasladó el centro de poder inglés claramente hacia el sur, donde ha permanecido desde entonces. Egbert siguió atacando otras tierras, como East Anglia y Northumbria, asimilándolas al territorio que acabó siendo Inglaterra.

Después de dos siglos de lo que Milton denominó «guerras de halcones y cuervos, arremolinándose en bandadas y luchando en el cielo», el pueblo inglés bajo Egbert y sus sucesores pudieron contemplar una paz sajona. La supremacía temporal de Wessex fue reconocida y su capital, Winchester, se convirtió en la sede de los reyes de Inglaterra. Pero una gran amenaza se cernía sobre el país. Del mismo modo que los sajones habían acabado con los antiguos britones desde el este, así ahora, escribió un cronista anglosajón, «tormentas huracanadas de rayos y feroces dragones se vieron surcando los cielos». Alcuin informó a Carlomagno: «Jamás se vio tal terror [...] como el que hemos sufrido a manos de esta raza pagana». Habían llegado los vikingos.